

A. En la primera sesión meditamos en la Palabra de Dios

En cuanto a la meditación de la Palabra, creo que la mejor manera para describirla es citar lo que George Müller dijo:

Al Señor le ha placido recientemente enseñarme una verdad sin mediación del hombre, hasta donde sé, cuyo beneficio nunca he perdido; incluso hoy, mientras preparo la quinta edición de esta publicación, veo que han pasado más de catorce años. Esto es lo que vi en ese entonces: comprendí más claramente que nunca, que la primera y la más importante tarea que debo cumplir cada día es hacer que mi alma esté feliz en el Señor. Lo primero de lo cual debía preocuparme día a día, no era cómo servir al Señor ni cómo glorificarle, sino cómo hacer que mi alma entre a un estado de felicidad y cómo hacer que mi hombre interior sea nutrido. Pues yo puedo esforzarme por presentar la verdad ante los incrédulos, por beneficiar a los creyentes, por aliviar a los afligidos y, en general, es del todo posible comportarme como corresponde a un hijo de Dios en este mundo y, aun así, no estar feliz en el Señor ni ser nutrido y fortalecido en mi hombre interior día tras día; pues podía haber estado cumpliendo todas aquellas tareas con un espíritu errado. Antes de ver esto, y durante por lo menos diez años, era mi hábito entregarme a la oración inmediatamente después de vestirme en las mañanas, pero *ahora* he descubierto que lo más importante que tengo que hacer es leer la Palabra de Dios y meditar sobre ella para que mi corazón sea consolado, fortalecido, instruido, reprendido y amonestado, y para que así, por medio de la Palabra de Dios, al meditar en ella, mi corazón sea conducido a experimentar comunión con el Señor.

A partir de entonces, empecé a dedicarme a meditar sobre el Nuevo Testamento desde el comienzo, temprano en las mañanas. Lo primero que hacía después de pedirle al Señor que bendijera Su preciosa Palabra, era meditar sobre ella buscando en cada versículo para obtener de ellos bendición, no con miras a ministrar la Palabra en público, ni con el fin de predicar sobre lo que había meditado, sino con el fin de alimentar a mi alma. Después de algunos minutos, el resultado era que mi alma siempre era conducida a confesar mis pecados, a dar gracias, a interceder o a suplicar, pese a que mi propósito era más bien *meditar* que *orar*. Sin embargo, al meditar sobre la Palabra de Dios, ello me conducía de inmediato a la oración y me encontraba por momentos confesando mis faltas o intercediendo o haciendo súplicas o dando gracias. Luego, proseguía yo al siguiente versículo, haciendo de éste una oración por mí o por otros, a medida que leía la Palabra de Dios, siempre teniendo en cuenta que el objetivo de mi meditación era alimentar mi alma. Como resultado de ello, surgía la confesión, el agradecimiento, la súplica o la intercesión, mezclada con mi meditación, y mi hombre interior casi siempre era en gran manera nutrido y fortalecido. Cuando iba a desayunar, con raras excepciones, me encontraba en paz, y muchas veces con felicidad de corazón. Así, al Señor también le placía comunicarme aquello que, ese mismo día, o mucho después, se convertía en alimento para otros creyentes, pese a que yo me entregaba a la meditación, no para ministrar públicamente, sino para obtener provecho para mi propio hombre interior...

Y aún ahora, desde que Dios me enseñó esto, es muy claro para mí que lo primero que un hijo de Dios debe hacer cada mañana es *procurar alimento para su hombre interior*. Así como el hombre exterior

no puede trabajar por mucho tiempo a menos que se alimente, siendo esto una de las primeras cosas que hacemos en la mañana, así también sucede con nuestro hombre interior. Todos nosotros debemos tomar el alimento con ese propósito; pero, ¿cuál es el alimento para el hombre interior? No es *la oración* sino *la Palabra de Dios*, y tampoco es la simple lectura de la Palabra que pasa por nuestras mentes como el agua por la tubería, sino aquella lectura en la cual reflexionamos en lo que hemos leído, meditamos sobre ello y lo aplicamos a nuestros corazones. Cuando oramos, hablamos con Dios. Pero, si queremos que nuestras oraciones se prolonguen por un cierto período de tiempo sin convertirse en una formalidad, generalmente se requiere para ello de cierta fortaleza o deseo piadoso; por tanto, el momento en que nuestra alma puede con mayor eficacia realizar tal esfuerzo, es inmediatamente después de que el hombre interior haya sido nutrido al meditar en la Palabra de Dios, desde la cual nuestro Padre nos habla, nos anima, nos consuela, nos instruye, nos humilla y nos amonesta. Por consiguiente, podemos meditar con la bendición de Dios pese a que somos débiles espiritualmente, sin embargo, cuanto más débiles seamos, más necesitaremos la meditación para ser fortalecidos en nuestro hombre interior. Así tampoco tendremos que preocuparnos mucho por ser distraídos en nuestra mente al orar, como ocurre cuando no hemos tenido tiempo para meditar. Hago hincapié en este asunto porque sé cuán grande es el beneficio y el refrigerio espirituales que he obtenido; y con todo amor y solemnidad suplico a mis hermanos que consideren este asunto. Por la bendición de Dios, atribuyo a esto la ayuda y fortaleza que he recibido de Dios para poder pasar en paz por numerosas pruebas de mayor envergadura que nunca antes había experimentado. Ahora, después de catorce años de haber llevado esto a la práctica, con el temor de Dios, me atrevo a recomendarlo plenamente... ¡Cuán diferente es el día cuando el alma ha recibido refrigerio y se ha regocijado en la mañana, a nuestro día cuando sin preparación espiritual caen sobre nosotros el servicio, las pruebas y las tentaciones!

(George Müller, *Autobiography of George Müller, the Life of Trust* [Autobiografía de George Müller, “Una vida de fe”], 1861, reimpresso en 1981, págs. 206-210)